

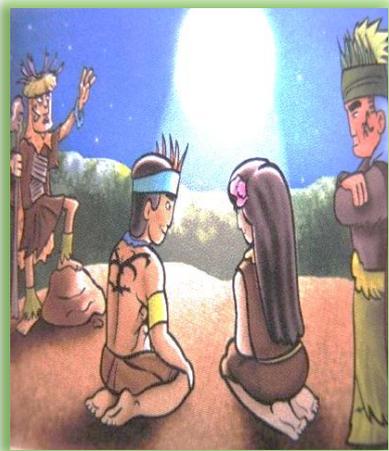


Material de PDL
para
el ingreso al
Instituto
de Vanguardia



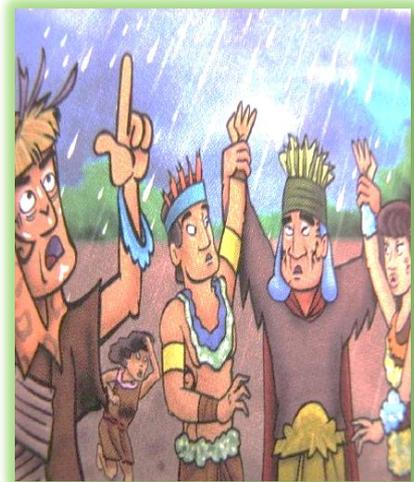
1. Lee la siguiente leyenda.

Cuentan que existió hace tiempo un valiente muchacho de nombre Igtá, proveniente de la tribu de los mocoretaes, y que estaba perdidamente enamorado de la hermosa Picazú. Ambos jóvenes decidieron unirse en matrimonio, pero para ello necesitarían la bendición de la Luna, así que los padres de la muchacha decidieron recurrir al adivino (Tuyá) para que hiciera la consulta.



El adivino eligió una noche apacible para preguntar a la Luna, que brillaba en lo alto del cielo iluminando montes y campos. El Tuyá se dio por satisfecho con los presagios y decidió aprobar el enlace entre Igtá y Picazú, pero no sin que antes el muchacho pasara por una prueba de valor, lanzarse a las aguas de la laguna y nadar en ella durante un tiempo. Una vez hecho esto, debería emprender una cacería y conseguir varias presas.

Gracias a que Igtá era un gran aficionado a la natación desde muy pequeño y también un gran atleta y cazador, no le costó mucho trabajo superar las pruebas con todo éxito, y pudo traer a su pareja un buen número de presas de caza. Contando tres lunas (meses) tras las pruebas, toda la tribu celebró el enlace entre los jóvenes amantes con todos los honores, bailando, comiendo y bebiendo. El único detalle que se escapó a los novios fue el de consultar también a Tupá, el dios creador de la luz y el Universo, sin cuya bendición el enlace no duraría mucho.



La noche siguiente a la de la boda empezó a llover fuertemente, lo que todos interpretaron como las lágrimas del propio Tupá, quien no estaba de acuerdo con la boda. Igtá y Picazú no pudieron hacer otra cosa que atravesar a nado la laguna para alcanzar una isla que había en ella, donde residían en exilio todos aquellos cuya relación no contaba con la bendición de Tupá, y de la que no podrían volver jamás.

Mientras ambos nadaban, uno de los guerreros de la tribu llamado Ñuatí les lanzó una flecha, acto que los demás miembros de la tribu imitaron hiriendo a Igtá y Picazú, cuya sangre comenzó a teñir de rojo las aguas de la laguna. Cuando el rojo se extendió por la superficie y el sol del ocaso tiñó del mismo color los árboles, el cielo y la tierra, los amantes desaparecieron de la vista de la tribu. El terror se apoderó de los indios, que huyeron pensando que habían ofendido con su comportamiento a Tupá.

Por otra parte, Igtá y Picazú lograron alcanzar las orillas de la isla, lugar en el que vivieron el resto de sus vidas, lejos de sus hermanos y hermanas pero juntos como amantes al fin y al cabo.

2. Después de haber leído la leyenda, resuelve las siguientes actividades.

1) ¿Quién es el personaje protagonista? _____

2) En el primer párrafo hay UNA palabra que nos permite ubicar el relato en un espacio físico. ¿Cuál es? Transcríbela. ¿Dónde se lleva a cabo la acción? ¿Cómo se describe el lugar?

3) ¿Qué indicios nos dan cuenta de que este texto es una leyenda?

4) ¿Quién nos relata esta leyenda?

5) Enumera cuatro (4) núcleos narrativos.

6) ¿Qué intenta explicar esta leyenda?

3. Reflexión. Contesten las siguientes preguntas.

1. ¿Por qué Igtá y Picazú resolvieron ir a la isla?

2. ¿Por qué Ñuatí les lanzó una flecha?

3. En esta leyenda, los personajes actúan por amor perjudicando a otros (recuerda que Igtá y Picazú perjudican a su tribu). ¿Fueron sus actos egoístas? ¿La buena intención lo justifica todo? Da tu opinión en un texto de aproximadamente 50 palabras.

2. Lee el siguiente texto y resolvé las actividades.

El hombre de Neanderthal

Hace unos 250000 años, en Europa y en partes de Asia apareció el hombre de neandertal (también conocido simplemente como neandertal), una especie distinta de la nuestra pero de enorme parecido. La época en la que vivió el hombre de neandertal fue de intenso frío, un período glacial, durante el cual el clima era más seco y había menos vegetación. Precisamente, el cuerpo de los neandertales estaba adaptado a este clima frío: tenían una gran masa muscular y pelo grueso. Pero, además, eran expertos cazadores de grandes animales de los



que obtenían pieles para abrigarse y carne para alimentarse.

Durante milenios, estos "primos" lejanos convivieron con los primeros humanos actuales, pero se extinguieron hace unos 30000 años por causas no del todo claras. En todo caso, el legado de los neandertales no desapareció para siempre: muchos paleontólogos, es decir, antropólogos que se dedican al estudio de la evolución humana, sostienen que hubo un cruce entre ellos y los primeros humanos y que, por lo tanto, tenemos un pequeño porcentaje de material genético de neandertal.

1. ¿Cuál es el tema general de este texto?

- 1 Europa hace 250000 años
- 2 La época del Neanderthal
- 3 El hombre de Neanderthal

2. Por qué se anticipa el tema principal en el título?

- 1 Porque los textos explicativos convencen al lector
- 2 Porque los textos explicativos responden a una pregunta
- 3 Porque los textos explicativos explican un fenómeno natural

3. ¿Qué subtemas desarrolla? Hay varias opciones. Tilda las correctas

- 1 El hombre de Neanderthal
- 2 El frío en Europa
- 3 La comida de los Neandertales
- 4 Nuestro parecido físico con los Neandertales
- 5 El hombre moderno
- 6 30000 años en extinción

4. ¿Dónde puedo encontrar textos explicativos?

- 1 En una historieta
- 2 En un manual
- 3 En una novela

5. ¿En qué parte del texto incluirías este fragmento?

Se cree, por ejemplo, que tenían estrategias bastante ingeniosas para cazar animales fuertes y rápidos con pesadas lanzas., como rinocerontes, bisontes y osos.

- 1 Después de "carne para alimentarse" en el primer párrafo
- 2 Antes de "Pero, además..." en el primer párrafo
- 3 Después de "por causas no del todo claras" en el segundo párrafo
- 4 Después de "la evolución humana" en el segundo párrafo

6. Darwin definió la **evolución** como "descendencia con modificación", la idea de que las especies cambian a lo largo del tiempo, dan origen a nuevas especies y comparten un ancestro común.

¿Cómo se relaciona esta definición con las características del neandertal?

Seis que triunfan en todo

Había una vez un hombre muy hábil en toda clase de artes y oficios. Sirvió en el ejército, mostrándose valiente y animoso; pero al terminar la guerra lo licenciaron sin darle más que tres reales como ayuda de costas.

- Aguardad un poco -dijo-, que de mí no se burla nadie. En cuanto encuentre los hombres que necesito, no le van a bastar al Rey, para pagarme, todos los tesoros del país.

Partió muy irritado, y al cruzar un bosque vio a un individuo que acababa de arrancar de cuajo seis árboles con la misma facilidad que si fuesen juncos. Díjole:

- ¿Quieres ser mi criado y venirte conmigo?

- Sí -respondió el hombre-, pero antes déjame que lleve a mi madre este hacecillo de leña -; asíó uno de los troncos, lo hizo servir de cuerda para atar los cinco restantes, y, cargándose el haz al hombro, se lo llevó. Al poco rato estaba de vuelta, y él y su nuevo amo se pusieron en camino. Díjole el amo:

- Vamos a salirnos de todo, nosotros dos.

Habían andado un rato, cuando encontraron un cazador que ponía rodilla en tierra y apuntaba con la escopeta. Preguntóle el amo:

- ¿A qué apuntas, cazador?

A lo cual respondió el cazador:

- A dos millas de aquí hay una mosca posada en la rama de un roble, y quiero acertarla en el ojo izquierdo.

- ¡Vente conmigo! -dijo el amo-, que los tres juntos vamos a salirnos de todo.

Avínose el cazador y se unió a ellos. Pronto llegaron a un lugar donde se levantaban siete molinos de viento, cuyas aspas giraban a toda velocidad, a pesar de que no se sentía la más ligera brisa, y de que no se movía una sola hojita de árbol. Dijo el hombre:

- No sé qué es lo que mueve estos molinos, pues no sopla un hálito de viento -y siguió su camino con sus compañeros. Habían recorrido otras dos millas, cuando vieron a un individuo subido a un árbol que, tapándose con un dedo una de las ventanillas de la nariz, soplaba con la otra.

- ¡Oye!, ¿qué estás haciendo ahí arriba? -preguntó el hombre; a lo cual respondió el otro:

- A dos millas de aquí hay siete molinos de viento, y estoy soplando para hacerlos girar.

- Ven conmigo -le dijo el otro-, que yendo los cuatro vamos a salirnos de todo.

Bajó del árbol el soplador y se unió a los otros. Al cabo de un buen trecho se toparon con un personaje que se sostenía sobre una sola pierna; se había quitado la otra y la tenía a su lado. Díjole el amo:

- ¡Pues no te has ingeniado mal para descansar!

- Soy andarín -replió el hombre-, y me he desmontado una pierna para no ir tan

deprisa; cuando corro con las dos piernas, ni los pájaros pueden seguirme.

- Ven conmigo, que yendo los cinco juntos vamos a salirnos de todo.

Marchóse con ellos, y poco rato después les salió al paso otro que llevaba el sombrero puesto sobre la oreja.

- ¡Vaya finura! -exclamó el soldado-. ¡Quítate el sombrero de la oreja y pónelo en la cabeza! Diríase que te falta un tornillo.

- Me guardaré muy bien de hacerlo -replicó el otro-, pues si me lo pongo en la cabeza, empezará a hacer un frío tan terrible, que las aves del cielo se helarán y caerán muertas.

- Vente conmigo -dijo el jefe-, que yendo los seis juntos vamos a salirnos de todo.

Y el grupo llegó a la ciudad cuyo rey había mandado pregonar que la mano de su hija sería para el hombre que se aviniese a competir con ella en la carrera y la venciese; entendiéndose que si fracasaba, perdería también la cabeza. Presentóse el jefe al Rey y le dijo:

- Haré que uno de mis criados corra por mí.

A lo cual contestó el Rey:

- Bien, pero a condición de que pongas tú también tu cabeza en prenda, de manera que si pierde, moriréis los dos.

Aceptada la condición, el hombre mandó al corredor que se pusiera la otra pierna y le dijo:

- Y ahora, listo, y procura que ganemos.

Habíase convenido que el vencedor sería aquel que volviera primero de una fuente muy alejada, trayendo un jarro de agua.

Dieron sendos jarros a la princesa y a su competidor, y los dos partieron simultáneamente. Pero en un momento, cuando la princesa no había recorrido sino un breve espacio, ya el andarín se había perdido de vista, como si se lo hubiera llevado el viento.

Llegó a la fuente y, después de llenar el jarro de agua, emprendió el regreso. A mitad del camino, empero, sintióse fatigado y, echándose en el suelo con el jarro a su lado, se quedó dormido. Tuvo, empero, la precaución de usar como almohada un duro cráneo de caballo que encontró por allí, para que lo duro del cojín no le dejara dormir mucho.

Entretanto la princesa, que era muy buena corredora, tanto como cabe en una persona normal, había llegado a su vez a la fuente y, llenando el jarro, había emprendido la vuelta. Al ver a su rival dormido en el suelo, alegróse, diciendo:

- ¡El enemigo está en mis manos! -y, vaciándole la vasija, siguió su camino.

Todo se habría perdido de no ser por el cazador de los ojos de lince, que había visto la escena desde la azotea del palacio. Díjose para sus adentros:

- Pues la hija del Rey no se saldrá con la suya -y, cargando la escopeta, disparó con tal puntería, que acertó el cráneo que servía de almohada al durmiente, sin tocar a éste.

Despertó sobresaltado el andarín y se dio cuenta de que su jarro estaba vacío y la princesa le llevaba la delantera. No se desanimó el hombre por tan poca cosa; volvió a la fuente, llenó el jarro de nuevo, y todavía llegó al palacio diez minutos antes que su



competidora.

- ¡Ahora sí que he hecho servir las piernas! -dijo-; lo que he hecho a la ida no puede llamarse correr.

Pero al Rey, y más aún a su hija, les dolía aquel casamiento con un vulgar soldado, por lo que deliberaron sobre la manera de deshacerse de él y sus hombres. Dijo el Rey:

- He ideado un medio, no te preocupes; verás cómo nos deshacemos de ellos -. Y, dirigiéndose a los seis, les habló así:- Ahora tenéis que celebrar vuestra victoria con un buen banquete -y los condujo a una sala que tenía el suelo y las puertas de hierro; en cuanto a las ventanas, estaban aseguradas por gruesos barrotes, de hierro también. En la habitación habían puesto una mesa con suculentas viandas, y el Rey prosiguió:- ¡entrad ahí y regalaos!

Y cuando ya estuvieron dentro mandó cerrar las puertas y echarles los cerrojos.

Llamando luego al cocinero, le ordenó que encendiese fuego debajo de la habitación y lo mantuviese todo el tiempo necesario para que el hierro se pusiera candente. Obedeció el cocinero, y al cabo de poco los seis comensales encerrados en la habitación empezaron a sentir un intenso calor. Al principio creyeron que era por lo bien que habían comido; pero al ir en aumento la temperatura, trataron de salir, encontrándose con que puertas y ventanas estaban cerradas. Entonces comprendieron el malvado designio del Rey.

- ¡Pues no va a salirse con la suya! -exclamó el del sombrero-; voy a provocar una helada tal, que el fuego se retirará avergonzado.

Y, colocándose el sombrero sobre la cabeza, a los pocos momentos comenzó a sentirse un frío rigurosísimo, hasta el punto de que la comida se helaba en los platos.

Transcurridas un par de horas, creyendo el Rey que todos estarían ya achicharrados, mandó abrir la puerta y fue personalmente a ver el resultado de su estratagema. Y he aquí que no bien se abrió la puerta salieron los seis, frescos y sanos, diciendo que ya estaban deseando salir para calentarse un poco, pues en aquella habitación hacía tanto frío que se helaban hasta los manjares. El Rey, fuera de sí, fue a reñir al cocinero por no haber cumplido sus órdenes. Y respondió el hombre:

- Pues hay un buen fuego, Véalo Vuestra Majestad.

Entonces el Rey pudo comprobar que bajo el piso de hierro de la habitación ardía un fuego enorme, y comprendió que nada podría con aquella gente.

Tras nuevas cavilaciones, siempre buscando el medio de deshacerse de tan molestos huéspedes, mandó llamar al jefe de los seis y le dijo:

- ¿Quieres oro a cambio de la mano de mi hija? Te daré cuanto quieras.

- De acuerdo, Señor Rey -respondió el jefe-; con que me deis el que pueda llevar uno de mis criados, renunciaré a vuestra hija.

Púsose el Rey la mar de contento, y el otro prosiguió:

- Dentro de dos semanas volveré a buscarlo.

Y, acto seguido, reunió a todos los sastres del país, los cuales se pasaron catorce días cosiendo un saco. Cuando estuvo terminado, el forzudo de los seis, aquel que arrancaba

los árboles de cuajo, se lo cargó a la espalda y se presentó al Rey. Exclamó éste:
- ¡Vaya hombre fornido, que lleva sobre sus hombros una bala de tela como una casa! -y pensó, asustado: "¡Cuánto oro podrá llevar!". Ordenó que trajeran una tonelada, para lo cual se necesitaron dieciséis de sus hombres más robustos; pero el forzado lo levantó con una sola mano y, metiéndolo en el saco, dijo:

- ¡Por qué no traéis más? ¡Esto apenas llena el fondo del saco!

Y, así, el Rey tuvo que entregar poco a poco todo su tesoro, que el forzado fue metiendo en el saco, y aún éste no se llenó más que hasta la mitad.

- ¡Que traigan más! -decía el hombre-. ¡Qué hago con estos puñaditos!

Hubo que enviar carros a todo el reino, y se cargaron siete mil carretas, que el forzado metió en el saco junto con los bueyes que las arrastraban:

- No seré exigente -dijo-, y meteré lo que venga, con tal de llenar el saco -. Cuando ya no quedaba nada por cargar, dijo:

- Terminemos de una vez; bien puede atarse un saco aunque no esté lleno del todo -. Y, echándose auestas, fue a reunirse con sus compañeros.

Al ver el Rey que aquel hombre solo se marchaba con las riquezas de todo el país, ordenó, fuera de sí, que saliese la caballería en persecución de los seis, con orden de quitar el saco al forzado. Dos regimientos no tardaron en alcanzarlos y les gritaron:

- ¡Daos presos! ¡Dejad el saco del oro, si no queréis que os hagamos polvo!

- ¿Qué dice? -exclamó el soplador-, ¿que nos demos presos?

¡Antes vais a volar todos por el aire! -y, tapándose una ventanilla de la nariz, púsose a soplar con la otra en dirección de los dos regimientos, los cuales, en un abrir y cerrar de ojos, quedaron dispersos, con los hombres y caballos volando por los aires, precipitados más allá de las montañas. Un sargento mayor pidió clemencia, diciendo que tenía nueve heridas, y era hombre valiente que no se merecía aquella afrenta. El soplador aflojó entonces un poco para dejarlo aterrizar sin daño, y luego le dijo:

- Ve al Rey y dile que mande más caballería, pues tengo grandes deseos de hacérsela volar toda.

Cuando el Rey oyó el mensaje, exclamó:

- Dejadlos marchar; no hay quien pueda con ellos.

Y los seis se llevaron el tesoro a su país, donde se lo repartieron y vivieron felices el resto de su vida.



Resuelve las siguientes actividades

1 ¿Cuál es el objetivo del protagonista al comienzo del cuento?

2 ¿Logra su propósito? ¿Cómo?

3 ¿Por qué el cuento se llama “Seis que triunfan en todo”?

4 Cada sirviente tiene un don o poder. Detalla la característica de cada uno según el orden en que aparecen

5 Completen estos enunciados:

-El soplador tapa una de las ventanas de su nariz porque.....

-El corredor se desprende de una pierna porque.....

-El hombre que provoca el frío lleva el sombrero sobre una oreja para.....

6 En qué orden ocurrieron estos sucesos. Numérenlos

La hija del rey llega al pozo, llena su recipiente y emprende el regreso.

Le dan un recipiente a cada uno y comienza la carrera.

El corredor llega a la meta 10 minutos antes que la hija del rey

El cazador ve lo que sucede y dispara a la calavera para despertar al corredor

El corredor se despierta y ve su recipiente vacío

El sirviente se ajusta la pierna

El corredor vuelve al pozo para llenar su recipiente

El corredor llega al pozo y llena su recipiente

El corredor se siente muy cansado y se acuesta a dormir sobre la calavera de un caballo

La hija del rey vacía el recipiente del corredor

7 A partir de las referencias que da el texto, dibujen un mapa del lugar donde sucede la competencia. Incluyen el castillo, el pozo, la calavera de caballo, etc.

8 ¿Qué plan tiene el rey para vencer a sus adversarios? ¿Cómo lo lleva a cabo?

9 Escriban cómo contribuye cada sirviente en la resolución del objetivo. El primer caso sirve de ejemplo.

El hombre forzudo carga el abultado tesoro del rey

El cazador.....

El soplador.....

El corredor.....

El hombre que provoca el frío.....

